

E. MIRET MAGDA LENA

La prensa francesa se ha hecho eco de la importante Asamblea del Episcopado celebrado en Lourdes.

El tono general de los periódicos ha sido comprensivo, aunque con algunas críticas dignas de ser reflexionadas.

La primera cosa importante, que ha sido comentada por La Croix, es el presupuesto nacional de los obispos franceses.

Por primera vez, en 1971 el Episcopado de nuestro vecino país publicaba su presupuesto, y este año ha vuelto a publicar, con mayor detalle, un balance de previsiones de los gastos y de los ingresos, arrojando un déficit de unos cinco millones de pesetas. Lo más señalado de este presupuesto es que se trata de un presupuesto modesto, y no de un pretencioso plan de grandes obras y grandes gastos.

Con ello, los obispos franceses, que se presentaron muchos vestidos de paisano a la Asamblea, dan ejemplo de esa modestia que todos esperábamos impacientemente de la Iglesia actual en todos sus aspectos, desde su presencia exterior hasta todo el conjunto de sus actividades e inversiones.

Le Nouvel Observateur se pregunta, a propósito de esta Asamblea, muchas cosas, dando este juicio realista: "La Iglesia siempre ha hecho política, puesto que siempre preconizó una cierta y determinada política del bien común, atemperada por un respeto a priori por todos los poderes en ejercicio. Pero desde hace un poco de tiempo se interroga a sí misma y busca la manera de estar más apartada del juego político concreto. Aunque si bien el episcopado declara no querer alinearse en las filas, más o menos directas, de ningún partido que esté en el poder, afirma también que tiene el derecho y el deber de hablar con independencia y claridad".

En el semanario cristiano Hebdo T. C. es donde se hace una crítica más viva a algunas de las conclusiones de los obispos. Por ejemplo, critica la parte más endeble del documento, que es la relativa a la lucha de clases. Dice este semanario: "El análisis del fenómeno de la lucha de clases es trabajoso y su conclusión poco clara; parece enteramente que este capítulo es el resultado de un compromiso entre diversas tendencias de los obispos. Sin embargo, no niegan ya la realidad de la lucha de clases; lo único que les hace falta es una visión más amplia y a largo plazo". También le preocupa a este semanario cristiano el tono exterior del documento y la moderación de su lenguaje. Cosa que no entiendo, porque muchas veces el lenguaje un poco demagógico de algunos eclesiásticos oculta la pobreza de las ideas de base, y es necesario que el lenguaje sea ágil y sencillo para que comprendamos

lo que hay detrás del mismo, sin que quede oculto por expresiones de exagerada emotividad que de nada sirven. Alude esta publicación al lenguaje de algunos Papas y al de la Biblia, que le parece más enérgico, e incluso dice que el Libro Sagrado está "cargado de citas explosivas". Todo esto no es nada más que cuestión temperamental, que no afecta al fondo de la cuestión, e incluso, como digo, impide ver con juicio crítico lo poco que han dicho los Papas la mayor parte de las veces, porque, en el fondo, la Iglesia

LA IGLESIA Y LA PRENSA

jerárquica ha estado poco preparada en estos últimos siglos para enfrentarse con las grandes transformaciones del mundo actual, y a muchos cristianos no nos agrada que esto se quiera compensar engañosamente con un lenguaje vivo y vehemente. Aparte de ello, este semanario arrecea en sus críticas a la Iglesia francesa, pidiendo que sea más violenta, porque le parece que debía manifestarse como "la irrupción ruidosa de Dios en medio de un mundo bien ordenado y bien tranquilo que construyen los hombres". Y en esto tienen razón, porque la Iglesia está para inquietarnos a todos con una palabra independiente y sin temor; lo que no puede ser es que esta palabra clara se convierta en un mecanismo de nueva dominación del mundo o en simples frases de verbalismo condenatorio.

El periódico socialista L'Unité reconoce el gran cambio que la Iglesia católica ha dado en este país: "Parece —dice— que la Iglesia de Francia haya renegado definitivamente de Constantino y haya escapado a la tentación de dominio en el terreno político". Sin embargo, con toda razón se molesta el periódico socialista ante la asepsia excesiva de algunas frases del documento episcopal, diciendo: "Se comprende ciertamente que el episcopado no quiera elegir un sistema económico-político más que otro, pero, ¿se puede poner en el mismo plano al capitalismo, que es la dominación ejercida por el dinero, y que por eso mismo es condenable por su misma estructura, y un socialismo, que se funda en la confianza en el hombre, por más que las experiencias vividas de socialismo no hayan sido siempre auténticamente liberadoras?". Una cosa es no meterse en política, y otra muy distinta el analizar con un poco más de profundidad y de independencia las estructuras de base de estos dos sistemas,

el capitalista y el socialista. Precisamente los hombres necesitan, en medio de sus luchas cotidianas, una palabra objetiva y desinteresada como la que podría venir de parte de la Iglesia, sin por eso pretender ningún tipo de dominación ni de solución, que debe quedar siempre a la decisión personal.

En el periódico Aspects de la France, el punto de vista es muy distinto; sus críticas parten de una postura más conservadora que la de los obispos, e incluso favorable a un cierto totalitarismo. Se indigna de que el documento "parece que ha cuidado mucho a la izquierda", y no está conforme con que se haga la crítica por parte de los obispos "de todo poder totalitario, sin decir lo que se entiende claramente por esa palabra..., ya que la palabra totalitarismo fácilmente se la opone cuando se coloca como marchamo de los regímenes que no le gustan a ella".

Muy atinada está la observación de La Vie Catholique diciendo que "la política cristiana es fomentar la levadura de la libertad, de la solidaridad y del amor en medio de la pesada masa de las sociedades industriales". Efectivamente, esta sería una buena misión para la Iglesia, siempre y cuando no quedase en una pequeña receta insignificante sin más trascendencia social.

Por último, France Catholique insiste en una de las cosas que recomiendan los obispos franceses: "Que los cristianos instauren lugares de encuentro entre ellos para confrontar sus diferentes opciones políticas y sociales, de manera que, respetando esta diversidad, cale en ellos el mismo deseo e inquietud evangélicos de respetar al hombre y de poner nuestra atención en los más débiles económica y socialmente". Esto me parece bien, pero lo encuentro en la práctica necesitado de un fuerte afán de diálogo y de confianza en la palabra humana, que muchas veces los cristianos no tenemos. Yo siempre pienso que la postura del hombre debe ser coherente con sus propias convicciones personales, y esto debe servirle para dialogar sin perder nada de su punto de vista personal, porque de no hacerlo así caeremos una vez más en ese delicuescente modo de ser de muchos cristianos que carecen de nervio y de ideas, creyendo que eso es lo que dijo el Evangelio. La convivencia no es complacencia, sino diálogo sincero, que está convencido de que el único modo de acercarse a la verdad es la mutua comunicación, donde cada uno revele su propia autenticidad. No se trata nunca de promediar opiniones, sino de un método o camino "perspectivista" para alcanzar la verdad, que todos debemos aceptar como método, no como rescate de solución intermedia, porque las soluciones intermedias son siempre soluciones a medias, que de poco sirven.